BOLIVAR Y LA BATALLA DE ARAGUA DE BARCELONA

Escribe: S. T. FORZAN-DAGGER

“La defensa de Aragua fue uno de los hechos más sangrientos de aquella guerra espantosa; fue una pelea horrible, salvaje. Cuerpos enteros perecieron; se puede decir que toda la infantería murió. Aquel batallón de jóvenes distinguidos de Caracas que mandaba Pedro Salis desapareció, desde su jefe, íntegro. El tigre encaramado era el bravo llanero Carvajal. Allí se esforzaban por descollar todos los restos de los ejércitos de Venezuela, los de oriente y occidente, los que mandaban Mariño y Bolívar, los restos de las pasadas hazañas, los hombres acostumbrados a desafiar la muerte se empeñaron ahí, en el postrer rincón libre de su patria, con el afán de la última esperanza. Allí estaban los hombres de más valor, los jefes afamados. Ribas, Bermúdez, Cedeño, etc. Allí murió la República por segunda vez a manos de los terribles Boves y Morales”. *General José de la Trinidad Morán.*

Acerca de la batalla de Aragua de Barcelona, los historiadores discrepan en relación a las causas de la derrota que sufrieran las fuerzas republicanas comandadas por Bolívar y el general oriental José Francisco Bermúdez, el 18 de agosto de 1814, en la Villa de Aragua de Barcelona, a manos del sanguinario español Francisco Tomás Morales; y también en el número de soldados que intervinieron.

Empezaremos diciendo que muchos historiadores sostienen apasionadamente que el Libertador perdió esta importante acción debido a la terquedad del general Bermúdez, quien —según don Vicente Lecuna en su obra “Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar, tomo I, páginas 304 y 305— “había concebido el plan de esperar al enemigo dentro de la plaza y al efecto construía con actividad parapetos y trincheras en las calles alrededor de la parte central de la Villa. El Libertador llegó a Barcelona el 13 o 14, y desde luego que no aprobó el proyecto de Bermúdez por el peligro de quedar prisioneros de un enemigo superior en número”. Más adelante escribe: “El Libertador quería hacer la defensa situando la artillería y tropas suficientes en estos boquetes o claros abiertos en el bosque y mantener las restantes en reserva. Así solo podría entrar en acción una parte de las fuerzas contrarias; ventaja incalculable, de la cual se podía esperar la victoria, al anular de este modo la superioridad numérica del enemigo; y si este en vez de atacar buscaba un paso distante, los patriotas levantarían el campo para maniobrar en terreno abier-

to, según las circunstancias. La posición además, tenía la ventaja para los patriotas de poder llevar rápidamente sus reservas al punto de mayor peligro, mientras las del enemigo deberían recorrer espacios más extensos y pasar el río para entrar en lucha. Pero —continúa— *Bermúdez terciamente se negó a seguir este plan, insistió en el suyo, hizo retirar las tropas de Oriente situadas en uno de los pasos de arriba y se encerró en el recinto fortificado.* Idea absurda y peligrosísima, porque no habiendo posibilidad de socorro exterior, y cercándolos el enemigo en la plaza con tropas muy superiores en número a las suyas, una vez agotadas las municiones bastante escasas, tendrían que rendirse si no podían abrirse paso espada en mano. Este jefe, como general del Estado de Oriente, era independiente de Bolívar y podría proceder según su leal saber y entender”.

Esta tesis del máximo apolo-gista del Libertador, por los estudios que hemos hecho, carece de suficientes documentos que acrediten su veracidad. Mas, tal aseveración no puede ajustarse a la realidad histórica cuando existen instrumentos emanados de personas que presenciaron y tomaron parte en la batalla, como el del general de división José de la Trinidad Morán, quien era subteniente cuando participó en esta sangrienta jornada. Este general relata en sus interesantes memorias los pormenores del combate y escribe acerca de esto lo siguiente: “Con las primeras noticias que tuvo el General Bermúdez de la venida del ejército enemigo lo avisó al Libertador y al General Mariño. El Libertador que estaba en Barcelona estuvo en el cuartel general muy pronto, pero el Gral. Mariño se quedó en Cu-

maná. A los tres días de haber llegado el Libertador el enemigo se puso a la vista. Las opiniones sobre el modo como debíamos recibirlo estaban divididas. La situación de la Villa de Aragua nos proporcionaba escoger el campo que más nos conviniese para el combate, pues el enemigo que nos buscaba lo aceptaría en cualquier parte. El pueblo está rodeado de bosques en todas direcciones y a poca distancia de él hay llanuras descampadas cubiertas de pasto donde no se encuentra un solo árbol. Temeroso el Libertador de la caballería enemiga que en tantos encuentros había combatido con decisión, resolvió esperarla dentro de la población poniendo en cada bocacalle una pieza de batalla. El día del combate, a las cinco de la mañana, rompieron el fuego los enemigos sobre nuestras avanzadas que vinieron en retirada; a las nueve el combate era general, por todos lados disputábamos las calles pulgada tras pulgada, perdiendo y retornando a nuestros puestos, de modo que a las dos de la tarde las cargas de infantería y caballería se daban sobre montones de cadáveres; nuestra caballería, de la que desconfiábamos, hacia prodigios de valor sembrando el terror por dondequiera que cargase y mucho más si estaba a su cabeza el “Tigre encaramado”, jefe de caballería de un valor extraordinario. A las tres de la tarde teníamos sobre las calles ochocientos muertos y en la Iglesia como mil heridos; el enemigo estaba bastante destrozado pero su mayor número le permitía reforzar sus ataques, que cada vez eran más esforzados y numerosos”. Más adelante dice: “A las cuatro de la tarde murió “Tigre encaramado”, el desaliento entró en todas partes y los enemigos penetraron en nuestro último baluarte, en

la plaza. El Gral. Bermúdez que permaneció hasta el último momento tomó la calle de salida a la cabeza de la caballería que nos quedaba, arrojamos un escuadrón con banderas negras y calaveras que nos cerraba la retirada y salimos a la llanura tomando el camino de Urica por Areo a Maturín. Los enemigos nos persiguieron un poco de tiempo pero luego se regresaron”.

Como se ve, este pasaje del general Morán constituye la esencia fundamental de donde parte la verdad referente a las causas que provocaron la derrota de los patriotas. El Libertador, por lo que hemos leído, prefirió esperar al enemigo dentro de la población y no fuera, como sostienen fanáticamente algunos historiadores del presente siglo que, por extremismos excesivos, pugnan por tergiversar la verdad de los hechos históricos de nuestra magna epopeya libertadora. Además, con respecto a la derrota, podríamos afirmar que la superioridad numérica y la disciplina militar del ejército realista fueron los factores que vencieron a las tropas republicanas, las cuales, en verdad, no estaban en condiciones para presentar batalla. Así vemos que “día y noche —apunta el general Morán— trabajábamos para disciplinar nuestros soldados, y cuando teníamos apenas tres mil quinientos hombres, se aproximó el enemigo con un ejército de seis mil, el que dando la vuelta por los llanos, para no exponerse y sufrir por el mal camino que hicimos nosotros en nuestra retirada, se demoró mayor tiempo. Mandó Boves a la cabeza de él a su segundo Morales, oriundo de las islas Canarias, que era aún más malo que Boves, pero tenido por sus mismos soldados como cobarde”.

La carta del Libertador al Excelentísimo señor Presidente del Congreso de la Nueva Granada, encargado del Supremo Poder Ejecutivo de la Unión, de Cartagena, a 20 de septiembre de 1814, es importantísima en revelaciones, en ella relata las causas fundamentales que hicieron sucumbir las fuerzas libertadoras en la célebre Villa de Aragua de Barcelona. En uno de sus párrafos dice: “Nuestros dos ejércitos se incorporaron en la Villa de Aragua, donde no se perdonó diligencia alguna por aumentarlo, y ponerlo en aptitud de emprender la recuperación de Caracas. La actividad y rapidez extraordinaria con que el enemigo voló sobre nosotros, a tiempo que el ejército no estaba aún en disposición de resistirlo por su inferioridad, por su indisciplina, y lo que es más, por la absoluta escasez de pertrechos, frustró todas nuestras esperanzas, y el 17 de agosto fue testigo de la acción más sangrienta, que decidida contra las armas republicanas, decidió también la suerte de la República”. Es decir, pues, que todo esto el Libertador y sus oficiales lo sabían. Pero fuerzas mayores a sus deseos, como era el honor y el deber patriótico, los obligó a vender cara sus vidas con el objeto de salvar la reputación de las fuerzas libertadoras. Prueba de esto es que, cuando terminó la sangrienta jornada, Bolívar dijo enfáticamente: “*Todo se perdió menos el honor*”.

Ahora bien, referente al número de soldados que combatió en dicha acción, es cosa que no se conoce a ciencia cierta. Según Montenegro, J. D. Díaz, Torrente, Baralt, Austria, etc., las tropas realistas sumaban 8.000. El general Morán les calculó 6.000. Consideramos justo este número. Referente a la canti-

dad de soldados del ejército patriota, unos sostienen cifras exageradas como el general Monagas, Torrente, etc. que suponían 4.000 y 6.000 respectivamente. El Libertador, como se sabe, mandó junto con el general Bermúdez 2.200 hombres de las fuerzas que podrían llamarse regulares, según artículo publicado en la "Gaceta de Cartagena". En verdad, esta podría ser la cantidad exacta. Todas las demás, acaso no pasan de puras exageraciones.

Sobre los resultados de esta batalla los historiadores consideran que fue, con excepción del asalto de la Casa Fuerte de Barcelona, la más sangrienta de las acciones que se libraron en los dilatados llanos venezolanos, pues murieron más de 5.000 hombres entre civiles y militares. Cuenta el general Morán que en "Aragua murieron 800 estudian-

tes; quedaron un mil y tantos heridos que hizo degollar Morales y otros tantos cadáveres de solo patriotas en las calles; se degollaron mujeres y niños dentro de los templos *y el caballo de Morales se atolló en sangre humana*".

Por tanto, la pérdida de este combate significaba para los republicanos el desastre más grande para la existencia de la segunda república. Dentro del ejército libertador cundió la desmoralización, y en la oficialidad patriota el principio de autoridad se hundió en los pavorosos abismos del personalismo y de la desunión. Nadie obedecía, todo era anarquía. Este fue, pues, el resultado de la batalla de Aragua de Barcelona, la ciudad llanera que, por mala racha de su destino, se convirtió en la tumba de los ejércitos libertadores de aquella época.